

POLO, Leonardo.: *Epistemología, creación y divinidad*.
Pamplona: EUNSA, 2014, 368 pp.

Enrique Moros
Universidad de Navarra (España)

Se acaba de publicar este último libro de Leonardo Polo. Último, no simplemente porque es el que acaba de aparecer en las librerías, sino porque es el que escribió en los últimos años de su vida. No pienso que pueda llamarse su obra cumbre, porque nunca pensó que pudiera haber algo definitivo en filosofía. Pero considero que en estas páginas sí se encuentra una especie de balance de su trayectoria intelectual; sí hay un avance hacia temas que habían quedado en segundo plano o apenas mencionados pero que ejercían una influencia importante en el desarrollo de su pensamiento. Él mismo lo califica al inicio como recapitulación de su filosofía orientada hacia la cristología. Esa sencilla fórmula acierta a enmarcar sus pretensiones y su contenido.

La primera parte está dedicada a ajustar los diferentes *saberes humanos*, el mito y la ciencia, para que sea posible la filosofía y la sabiduría; para que la revelación y la fe no se cierren en un fideísmo sin sentido. Aquí late la inspiración que conduce a los hombres a la filosofía, la reflexión que no se conforma con el cultivo apasionado de las ciencias, la alegre aventura de quién se atreve a pensar en Dios guiado por la propia palabra divina y, en definitiva, la conciencia de la grandeza incommensurable del ser humano, redimido por Jesucristo y llamado a vivir para siempre con Dios, que le permite decir un inmenso sí a todo y descubrir cualquier rasgo de luz y de acierto en cada camino e interpretar siempre de la mejor manera posible cada esfuerzo y progreso humano.

La segunda parte está orientada a la exposición de la idea de *creación*. Se trata de ajustar esta noción según la diversa realidad creada. En estas páginas la relación entre el Ser y los seres resulta aclarada y esa misma diferencia explica el distinto tratamiento de la esencia del universo y del ser humano. Me parece que no se trata de una casualidad que el primer saber que se desarrolla en el libro sobre Dios sea el de

Creador. Sin una adecuada metafísica de la creación, las mejores antropologías están destinadas al fracaso más estrepitoso. Por eso considero que forma parte de la lucidez que caracteriza el pensamiento de Polo afrontar en esta parte del libro las versiones de la creación de Eckhart, Leibniz y Hegel. Y, finalmente, es una muestra definitiva del valor de su antropología que esta parte termine con una profundización en la libertad trascendental.

Se trata, en efecto, de destacar la inspiración última y las consecuencias del método del abandono del límite mental y el consiguiente desarrollo de la antropología trascendental. Sin duda, aquí se revelan matices originales de un saber del hombre muy profundo, un saber que es sustancialmente una aclaración sobre la libertad. En este punto se concentra la valoración que merecerá el pensamiento poliano. Precisamente por esa razón, Polo puede proponer desde ahí una visión muy cuidadosa y original sobre el mismo Jesucristo, el hombre perfecto.

La propuesta de Polo es que en Jesucristo no hay nada creado, porque la humanidad de Cristo está simplemente unida a la persona divina. Se trata, ya desde el Prólogo, según el estilo de Polo, de proponer una hipótesis para que sirva a otros para seguir pensando, no de imponer una determinada interpretación, y menos aun formular una verdad definitiva. La idea es extraer las consecuencias cristológicas de su antropología trascendental: cómo afecta a la figura de Cristo la distinción propuesta por Polo entre *acto de ser* coexistente y *esencia* humana. Es lógico que en este punto la referencia a María como Madre de Dios sea decisiva, como ocurrió ya en Nicea. Como la misma noción de *persona* nació de las controversias teológicas en torno a la cristología y a la Trinidad, enfrentarse con esos temas significa poner en valor el método filosófico desarrollado a lo largo de muchas décadas y mostrar si sirve para pensar tanto o más o mejor los temas tradicionales de la dogmática cristiana. Al hilo de estas consideraciones aparecen sendos capítulos dedicados al estudio del dolor y a la eclesiología. Bastarán unas líneas sobre la congruencia interna de estos temas para terminar esta reseña.

La reflexión sobre Jesucristo versa sobre su ser Dios y hombre, que es tal para ser nuestro salvador. De María de modo directo y pleno a través de la acción especial que el Espíritu obra en ella, y a través de la elevación que la gracia realiza en nuestro ser creado y de la eucaristía, fin de los sacramentos, en los que nos comunica su propia vida divina. Pero Jesús sólo es nuestro salvador si sufre el tormento de la cruz y muere finalmente con los brazos extendidos en el leño que se eleva sobre la tierra. Por eso, al estudio de Cristo es lógico que siga una profundización en el significado del dolor y de la muerte. El resultado de dicha realidad es que Jesucristo, como nuevo Adán, nos incorpora a sí y nos

hace miembros de su propio cuerpo, nos convierte en hijos de Dios y hermanos suyos y así se construye la Iglesia que le tiene por cabeza y está vivificada por la presencia constante del Espíritu Santo, que nos conforma a él y dirige la historia de los hombres hasta su culminación apocalíptica. Finalmente, la Iglesia vivificada por el Espíritu y presidida por su Cabeza, Jesucristo, se reúne con el Padre para formar la única familia de Dios, llena de Su amor y de alegría.

